

Clásicos Modernos

El bosque de piedra

Fernando
Alonso



ANAYA



1.ª edición: febrero 2014

© Del texto: Fernando Alonso, 1985, 2014
© De la ilustración de cubierta: Iban Barrenetxea, 2014
© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2014
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-678-6086-3
Depósito legal: M-430-2014
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas
por la Real Academia Española en la
Ortografía de la lengua española, publicada en el año 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Clásicos Modernos

El bosque de piedra

Fernando Alonso



ANAYA

*Para Cita, para mi familia y amigos de Burgos, mi
Bosque de Piedra, para Regina Velasco y todos mis
nuevos y antiguos amigos de Laguna de Duero
(Valladolid) donde me han honrado dedicándome
una plaza y un monumento; y para Concha Mateu y
todos los amigos que me acompañaron y agasajaron
el día 1 de junio de 1999, fecha en que inauguraron
la plaza y el monumento.*

*Sistema, poeta, sistema.
Empieza por contar las piedras,
luego contarás las estrellas.*

LEÓN FELIPE

Índice

El verde silencio de las estatuas de piedra	11
El Viejo Guerrero	27
La penúltima hoja del otoño	38
El Gran Pedestal	51
El dulce algodón de los días	63
Unas pequeñas manchas de color	81
Cuando sea mayor, seré estatua	101

EL VERDE SILENCIO DE LAS ESTATUAS DE PIEDRA

Había una vez un niño que se llamaba Dito. Dito tenía diez años y vivía en la buhardilla de una casa, situada al abrigo de la inmensa mole de la catedral.

■ 11

El niño pasaba mucho tiempo en el tejado.

Salía por una claraboya y, desde allí, miraba la calle y a las gentes.

Luego, su mirada se perdía entre las torres de la catedral.

Él estaba acostumbrado a andar por los tejados; al menos, por el suyo.

Pisaba las tejas con la seguridad de un gato y conocía cuáles se movían y dónde estaba el verdín más resbaladizo.

A las gentes que lo veían, sin conocer aquellas habilidades, se les erizaban los cabellos y el aliento.

Esto le gustaba al niño; porque se sentía muy lejos de todos los que pasaban por la calle.

Salvo muy raras excepciones, jamás miraban hacia arriba, adonde él estaba.

Donde él vivía.

Dito se encontraba mucho más cerca de las estatuas que adornaban las torrecillas, los pináculos y las agujas de la catedral; especialmente, de las que miraban hacia su tejado.

Sus preferidas eran un guerrero vestido con una piel de león y un león erguido, como un guerrero, que sostenía un escudo en el que estaba encerrado el sol.

Dito soñaba que, un día, también él iría por el mundo para apresarse al sol.

12 ■ Mientras llegaba aquel día, jugaba a perder la mirada en el misterioso bosque de piedra que formaban las torres de la catedral y las estatuas; a inventar aventuras fabulosas y alucinantes peligros sin cuento.

Unas veces, admitía a las estatuas en sus juegos; otras, eran ellas las que marcaban la aventura.

Gracias a aquellas aventuras, gracias a todos los peligros de piedra vividos en aquel bosque, Dito se hizo amigo de las estatuas que adornaban la catedral.

Por eso, comenzó a hablar con ellas, a estudiar su comportamiento y a sentir que las estatuas también le hablaban.

Dito estaba contento de haber descubierto aquel mundo de piedra.

Le ayudaba a escaparse del otro, que discurría por debajo de su buhardilla, poblado por personas distantes y lejanas, y que sentía aún más peligroso que las tejas de su tejado.

Por eso, comenzó a amar a las estatuas.

Por eso, no jugaba a la pelota contra los muros de la catedral, ni a tirar piedras a las palomas que se posaban en las estatuas.

Por eso, su pequeño mundo se reducía al rectángulo de su tejado y a las calles y plazas que bordeaban la catedral.

Cuando tenía que salir de aquel círculo, caminaba medroso con el ánimo encogido; hasta que, en una de las calles o de las plazas, descubría la presencia de una estatua.

Entonces, la incorporaba de inmediato a su bosque de piedra.

De esta forma, fue encontrando por la ciudad pequeños oasis de su bosque de piedra.

■ 13

El niño se sentía muy afortunado, porque vivía en una ciudad con una gran historia; por eso, sus calles y sus plazas, sus paseos y sus parques estaban llenos de estatuas y los pequeños oasis de su bosque de piedra eran muy numerosos.

De esta forma, poco a poco, le fue más fácil mezclarse con el mundo.

Y cuando bajaba de su buhardilla para ir al colegio, escogía el camino más largo para visitar el mayor número posible de compañeros de su bosque de piedra.

Una mañana, Dito bajó muy temprano para ir al colegio.

Al salir del portal, echó una mirada de despedida a las torres de la catedral.

El invierno era muy crudo.

Carámbanos de hielo colgaban de los aleros, de los canalones y de las gárgolas.

En lo alto de un pináculo, un ángel con aspecto bondadoso parecía decirle:

—¡Buenos días! Así me gusta, que seas bueno, puntual y limpio.

Al niño no le hacía mucha gracia aquella estatua. Con su gesto de mosquita muerta, nunca podía hacerla participar en sus aventuras.

Dito metió las manos en los bolsillos, apretó con fuerza una castaña asada que llevaba en cada mano y murmuró entre dientes:

14 ■ —¡Qué asco de invierno! ¡Cuando sea mayor, tendré un abrigo forrado de castañas asadas!

Con las manos ardiendo, los pies congelados y las rodillas moradas, se encaminó moqueando hacia el colegio.

En el cruce de cuatro grandes calles, Dito se encontró con la estatua de El Viejo Guerrero.

Tenía un aspecto desolador con el hielo que cubría su barba y su montura.

A pesar de todo aún conservaba su gesto adusto y fiero, como si aquellos hielos del invierno no fueran con él.

Al pasar por su lado, Dito bufó:

—Brbrbrbr...

Entonces, sintió que la estatua le hablaba, con el dedo extendido señalando hacia el colegio:

—No lo olvides, muchacho; ese es el camino. Espanta el frío y... ¡a la escuela! No escatimes ningún sacrificio, para hacerte un hombre de provecho.

Dito asintió con la cabeza y siguió el camino que le señalaba el dedo de la estatua.

A la entrada del parque, se detuvo junto a una estatua a la que él llamaba «*La Dama Misteriosa*».

Tenía los brazos apretados fuertemente sobre el pecho y con dos dedos sostenía delicadamente el pico de un pañuelo.

La mirada del niño se cruzó con la dulce y misteriosa sonrisa de la Dama.

Y, en aquel cruce de miradas, Dito distinguió claramente su voz de piedra:

—Hijo, ten cuidado con el frío. Abrígate. Toma este pañuelo y suénate la nariz.

El niño murmuró entre dientes:

—Prefiero llevar los mocos colgando antes que limpiarme con un pañuelo de piedra. ¡Solo me faltaba eso! Encima del frío, la nariz despellejada.

Sin embargo, la dulce sonrisa de la Dama Misteriosa le recordó a su madre y continuó su camino un poco más contento.

En medio del parque, Dito se encontró de pronto con una estatua que no conocía.

Sobre un elevado pedestal se erguía la figura de un personaje que tenía una mirada amenazadora. Su pecho estaba cuajado de medallas.

Dito recordó al verlo a esos vendedores clandestinos que abren su chaqueta para mostrar el forro lleno de joyas y relojes. Como un muestrario oculto y prohibido.

Y sintió que aquel personaje le gritaba con una voz agria y cortante:

—Prohibido tener frío... Prohibido tener sueños... Prohibido llegar tarde a clase... ¡Obedece... obedece... obedece...!

A la salida del parque, se encontró con la estatua de un atleta desnudo que lanzaba el disco.

En medio del frío y del hielo, tenía un aire desvalido.

Un carámbano de hielo que le colgaba de la nariz goteaba mansamente.

Parecía un monumento al catarro.

16 ■ Sin embargo, desde su propio infortunio, sonreía para dar ánimos al niño.

—¡Vaya día! —exclamó Dito—. Y tú... ¡en cueros! Los hay con suerte.

El niño sintió que el atleta le respondía:

—¡Ánimo, compañero! Hay que aprovechar estos días malos para templar el espíritu y conseguir que vengan días mejores. En días de invierno como este, los jóvenes espartanos corrían desnudos por los campos...

—¡Vamos, anda! —le cortó el niño—. Eso no te lo crees ni tú. Donde esté un buen día soleado...

Cuando Dito llegó al colegio, se encontraba de buen humor.

Pasó junto a sus compañeros casi sin verlos; porque ellos pasaban a su lado casi sin mirarle.

Las castañas que llevaba en el bolsillo hacía tiempo que se habían enfriado, pero sus rodillas ya no estaban moradas.

Por eso pensó:

«Creo que mis amigos de piedra tienen razón. Tengo que aprovechar este día, para conseguir que vengan otros mejores».

El niño estaba contento. Y contento pasó aquel invierno; porque los amigos de su bosque de piedra seguían ofreciéndole sus buenos consejos.

Ya estaba acostumbrado a ellos y creía oírlos aunque no pasara junto a las estatuas.

Oía, sobre todo, la voz terrible del hombre de las medallas que le gritaba a lo lejos:

—¡Prohibido... prohibido...! ¡Obedece... obedece...!

Sí. Él estaba acostumbrado a las voces y los consejos de sus amigos de piedra.

■ 17

Y aquellos consejos, aquellas palabras de aliento, eran suficientes para hacerle pasar un buen día de trabajo y de estudio.

Cuando llegó la primavera, Dito no supo si había venido sobre las alas de las golondrinas o enganchada en las patas de las cigüeñas.

Los niños de ciudad casi nunca conocen bien estas cosas.

Dito solo sabía alegrarse con su llegada; porque la primavera anunciaba el calor; y eso era bueno para los niños pobres de la ciudad.

Y seguro que, también, para los del pueblo.

Por eso, salió muy contento de casa, para comentarlo con sus amigos del bosque de piedra.

El ángel que estaba encaramado en su pináculo, con la cabeza y las alas embadurnadas de basura de las palomas, le dijo desde lo alto:

—¡Buenos días! Así me gusta, que seas bueno, puntual y limpio.

Dito pensó:

«Ese ni se entera... ¡No se ha fijado cómo está él!».

Cuando se detuvo frente a la estatua de El Viejo Guerrero, el niño lo miró a la cara y se sorprendió al oírle los mismos consejos:

—Mira, muchacho, ese es el camino. Espanta el frío y... ¡a la escuela!

El niño pensó que El Viejo Guerrero chocheaba y contaba, como un disco rayado, las mismas batallas.

18 ■ Su sorpresa aumentó al escuchar, de labios de *La Dama Misteriosa*, los mismos consejos invernales:

—Toma este pañuelo y suénate la nariz.

Dito no sabía explicarse lo que sucedía.

Sin duda alguna, sus amigos de piedra se habían puesto de acuerdo para gastarle una broma.

Por eso, ya no le extrañó que el atleta que lanzaba el disco le largara aquel discurso que terminaba:

—*En días de invierno como este, los jóvenes espartanos corrían desnudos por los campos...*

El niño llegó confuso al colegio.

No acertaba a comprender por qué los habitantes de su bosque de piedra dejaban de guiarle con sus consejos durante los días de primavera.

Por eso, aquel día se sintió indefenso ante la indiferencia de sus compañeros de clase.

Una de las novelas más importantes del autor que mejor recrea el mundo imaginario de la infancia.

Dito tiene diez años y vive en una buhardilla desde la que se puede ver la catedral y las estatuas que la adornan. A Dito le gusta observar estas estatuas e imagina que conversa con ellas; así, poco a poco va creando su propio mundo, su bosque de piedra. Su imaginación es tal que inventa cuentos inspirados en estas estatuas y se los cuenta a sus compañeros de clase, que lo escuchan con atención.

Pero vivir en el bosque de piedra no siempre tiene buenas consecuencias, conviene volver también a la realidad.

Clásicos Modernos, una selección de los mejores libros juveniles para leer en el siglo XXI.

1579013

ISBN 978-84-678-6086-3



9 788467 860863

www.anayainfantilyjuvenil.com

FANTASÍA



ANAYA